El hombre invisible

Nataly González

Capítulo 1

El señor del acordeón, como se le conoce en el metro de Legazpi, despierta cada mañana una hora y media antes de que suene el despertador.

No le molesta despertar temprano, tiene 64 años y siempre ha escuchado que las personas suelen dormir menos a medida que se hacen mayores, aunque no logra recordar bien de dónde ha sacado ese dato.

Se sienta en una minúscula mesa empotrada en la pared y toma café del día anterior, que a veces calienta en una pequeña taza de metal, pero que en ocasiones bebe frío. Eso tampoco le molesta. Algunos días come un poco de pan, si encuentra algún trozo olvidado sobre el refrigerador, aunque es improbable que eso pase últimamente. No se ducha en las mañanas, algún que otro día lo olvida, o no le apetece, pero sí disfruta estirar las sábanas de la cama, metiendo un poco debajo de la almohada como le enseñó su madre. Mientras lo hace, piensa que sería agradable quedarse a dormir un rato más, hace mucho frío fuera y la parte izquierda del colchón, donde siempre duerme, sigue calentita. Pero no pasa nada, las personas suelen dormir menos a medida que se hacen mayores.

Antes de salir de casa suena el despertador. Eso sí le molesta.

- Si el despertador no te despierta, pierde todo su propósito - piensa, y dice bajito “Manías de viejo”.

El señor del acordeón no es, por supuesto, un señor del acordeón sin su instrumento, por eso siempre lo lleva consigo al salir de casa. Es un modelo antiguo, que ya no se fabrica, de una marca francesa que quebró hace algunos años y cuyo nombre no sabe pronunciar. Las correas se han cambiado varias veces, y las teclas han perdido todo su color nacarado original. Le parece normal, las cosas viejas se arrugan, pierden el color y se manchan, pero eso no le molesta. Su acordeón es su bien más preciado, como un libro primera edición que se vende bien a los coleccionistas, por eso acaricia las teclas desgastadas y el lomo de piel sin lustre mientras llega a la boca del metro de Legazpi, como cada mañana, y baja las escaleras con pasos lentos. Siempre ha escuchado que caerse por las escaleras es bastante común a su edad.

Hace algunos años solía saltar al primer metro de la mañana y cambiar de vagón en cada estación, tocando el acordeón de pie, moviéndose entre la gente, acercándose a las chicas guapas a cambio de una moneda.

- Una serenata para la chica más guapa de Madrid - les decía, y ellas se sonrojaban, le sonreían, metían la mano en el bolso y sacaban una peseta

que terminaba en su bolsillo.

Pero su acordeón se hizo viejo, y le costaba mucho quedarse de pie todo el día, o correr para llegar al andén a tiempo, y le dolía sonreír cuando la sonrisa era falsa, como casi siempre. Ahora, en cambio, había aprendido a elegir bien su sitio, dependiendo del momento del día. Descubrió que se detiene más gente en la cafetería en las mañanas, hasta alrededor de las nueve, y que los negros del top manta venden más en la tarde, sobre todo los viernes y a principios de mes. Por eso ahora se mueve como girasol detrás del flujo de gente, y se queda tocando en una esquina algunas veces de pie, como debería ser, pero casi siempre sentado en un taburete verde olivo que arrastra desde casa. "Si mi abuelo se entera que toco sentado le da otro infarto en la tumba".

Lo había aprendido todo de su abuelo, con quien pasó su niñez, hace tanto tiempo que le costaba diferenciar si sus recuerdos de esa época eran reales o creaciones de su imaginación. Su abuelo empezó a tocar el acordeón en Francia a los 18 años. Hablaba de París como una ciudad flotante donde no pasaban las horas y donde siempre había tiempo para otro café. Le enseñó a tocar el acordeón como un profesional, siempre de pie, siempre moviéndose al ritmo de la música, siempre sonriendo. Pero por mucho esfuerzo que le puso en el aprendizaje, el señor del acordeón se sintió toda su vida como un músico mediocre. Eso no le molestaba, simplemente le daba un poco de vergüenza.

Más gente comenzó a entrar en la estación a eso de las ocho. El señor del acordeón decidió que comenzaría a tocar de pie aquella mañana, quizás no pensaría en el hambre si le dolía la espalda. En la cafetería se escuchaba ajetreo de platos y olía a café con leche.

Comenzó su repertorio del día con La Orilla, un tango cuyo autor no podía recordar. Olvidaba cosas, pero eso no le molestaba. Había escuchado que la gente olvida hasta un 35 por ciento de las cosas triviales que sabe cuando se hace mayor. La música llenaba la estación, y le invadió el cosquilleo que sentía siempre que la música era buena. El señor del acordeón tampoco recordaba por qué había comenzado a tocar, solo sabía que lo hacía para comer. Llevaba muchos meses sin comer más de una vez al día, pero eso no le molestaba. Había escuchado que la gente suele comer menos al hacerse mayor.

Un par de chicas pasan a su lado y se giran un poco para verle. Solo miran el acordeón, como si el instrumento flotara en el aire a causa de un truco de mago barato. Una de ellas se acerca y lanza una moneda a su cesta de mimbre. 20 céntimos. Ya no quedan chicas guapas a quién sonreír por un euro. Siente que ve el mundo a su alrededor como una película, un mero espectador de un filme silente, aunque supone que lo mismo les pasa a todos los señores que tocan el acordeón, la guitarra o el violín en estaciones de metro de todo el mundo, un mundo donde la gente

está demasiado apurada como para mirar a su alrededor.

Una vez, hace muchos años en la estación de Callao, conoció a otro artista del acordeón. Un viejo de unos 64 años que también tocaba sentado cuando le dolía la espalda.

- No hay mejor forma de desaparecer - le había dicho aquel hombre - Te vas haciendo invisible con los años, pero lo haces con tu música sonando de fondo.

El señor del acordeón piensa que eso tampoco le importa. Dentro de poco comerá incluso menos, despertará más temprano, tendrá más cuidado de no tropezar en las escaleras y olvidará todas las cosas triviales que sabe. Siempre ha escuchado que eso es lo que les pasa a las personas a medida que se hacen mayores, aunque no logra recordar bien de dónde ha sacado ese dato.

N.G Saavedra